

Política ficción*

Salí del contingente para descansar del sol e intentar usar el baño del Sanborns. Digo «intentar» porque esto se permite o no, según los gerentes juzguen la legitimidad de la marcha. De cualquier manera, quienes trabajan en el Centro están acostumbrados a que lleguen masas de diferentes partes del país, con causas recurrentes como el campo o la educación, a veces vestidos y otras con frases en cuerpos desnudos. Nosotros nos pensábamos diferentes a los manifestantes profesionales: éramos diversos y se nos sumaba gente que jamás había marchado antes, jóvenes; carecíamos de estructura, pero teníamos la tecnología de nuestro lado. Ahora más que nunca era significativo confluir rabiosos hacia el Zócalo, esta vez las condiciones estaban dadas para que la presión en las calles tuviera efecto en la política.

Llena de confianza empujé la pesada puerta de vidrio y crucé el umbral de azulejos hacia un contenedor de épocas donde en algún tiempo bebieron café Porfirio Díaz, Francisco Villa y Emiliano Zapata, donde José Clemente Orozco pintó su mural: universo que ahora pertenece a Carlos Slim, uno de los hombres más ricos del mundo que, según los cronistas, regatea hasta las corbatas. Había que evitar el regreso del Pri, pero la realidad es tan absurda como esa tienda que pasó de un americano a otro desde principios del siglo XX hasta que en los ochenta cayó en las manos del libanés, quien en esa época apuntalaba su imperio. Tan compleja es que ese mismo magnate que se enriqueció con el neoliberalismo priísta apoyaba ahora al candidato de izquierda y al mismo tiempo se adueñaba del Centro Histórico mientras lo embellecía.

Mientras pensaba todo esto, avancé por las corbatas y los relojes hasta que, en uno de los pasillos, entre los *best sellers* y las tortugas de chocolate, me topé de frente con Salinas. El

* Publicado originalmente en *Aunque la casa se derrumbe* (Unam, 2017).

expresidente Carlos Salinas de Gortari seguido por una flotilla de trajeados con lentes oscuros y auriculares. Su objetivo, igual que el mío, era hacer una escala rápida, sin encuentros sorpresivos, y seguir con su vida. Quien encumbró al millonario número uno de México entraba a su tienda, como muchos otros, para orinar. A lo lejos el chocar de la vajilla azul y los cubiertos hacía parecer que no sucedía nada fuera del ordinario trajín. Un ambiente saturado de aromas, perfumes y café recalentado de ese que deja las manos temblorosas. Un concierto de piano venía de alguna de las televisiones en venta. Rodeados de todo esto, nos vimos directamente a los ojos. Su cara me parecía una escultura hiperrealista como las de Ron Mueck. En sus rasgos, en las arrugas, en los poros, se podía leer el mapa de la política nacional: el desastre neoliberal que lo precedió, la privatización de la banca a la que él dio continuidad; el fraude del 88 que lo llevó al poder; los asesinatos –Posadas Ocampo, Ruiz Massieu y Colosio–, la firma del Tratado de Libre Comercio, la devaluación del peso y la privatización de la telefonía, vendida a Slim, convertida en monopolio.

Durante esos breves segundos no hubo nada inesperado en la expresión de Salinas. Hubiera dado lo mismo buscar imágenes o videos en Internet que verlo en vivo. Un doble me hubiera causado una reacción equivalente. De alguna forma su rostro ya no le pertenecía. Él esbozó la sonrisa prototípica, un gesto de pícaro inteligencia. Pero ese movimiento no podía ser suyo ni significar. A fuerza de repeticiones, se había convertido en un significante vacío, en una fuga siniestra.

Mientras Salinas encarnaba la caricatura de sí mismo, recordé el histórico zapatazo que lanzó un periodista iraquí a George W. Bush en diciembre de 2008. Se llegaron a ofrecer millones por el zapato talla cuarenta y tres e incluso surgieron videojuegos que recreaban la escena. Mostrar la indignación compartida por muchos sobre la ocupación estadounidense enalteció a Muntaner al Zaidi y lo volvió conocido en el mundo; sin embargo, por el zapatazo fue condenado a tres años de cárcel. A pesar de las consecuencias, yo tenía una responsabilidad similar: lanzarle una de las reproducciones a escala de esculturas famosas que venden en la tienda, *El pensador* en bronce. Conforme buscaba al ser detrás del rostro, mi vida adquiría profundidad en sus ojos y cada parpadeo de Salinas develaba un fotograma. En esas pupilas dilatadas me vi con mi familia y mis amigos siempre quejándonos, en las calles, desarrollando a pulso la virtud de estar en contra.

Personaje complejo, Salinas había salido de la misma cantera que nosotros. En su juventud pensaba en una revolución de las masas con los campesinos al frente. Su carisma lo llevó a ascender en el Partido. Intentó modernizar el monopolio del poder, reformar el mito de la revolución institucionalizada para hacerlo perdurar a través del liberalismo social. Lo que sucedió después para algunos está sujeto a debate, para otros fue simplemente el poder haciendo su trabajo. Invertido, el camino del héroe.

La entrada del neoliberalismo en México también significó la emergencia de los movimientos sociales de mi generación, proclive como las anteriores a los cuerpos apretujados, el deporte nacional de estar juntos. Para mantenerse unida, la masa evoca a sus enemigos. Tenía ante mí al antagonista por excelencia. La maldad que algunos interpretaban en su mirada se tradujo en caricaturas que lo

retrataban como un vampiro, un chupasangre. Salinas provocó el consenso del repudio. Incluso una revista de la Universidad de Harvard lo agregó a su lista de exalumnos indeseables.

Después de él, los presidentes se volvieron empleados intercambiables de una empresa más grande que su personalidad. Todo héroe necesita una némesis y toda juventud un villano, pero esa mística de los contrarios se diluyó después de él. La mirada de quienes lo sucedieron proyectaba impotencia, incapacidad, estupidez o, en el caso de Fox, locura campechana.

En el Sanborns de los azulejos, al observar a Salinas de frente, me turbó un aire familiar. Hipnotizada, mis pupilas se volvieron espirales. Intenté liberarme del hechizo, pensé en lanzarme sobre él y rodar por el suelo, mientras las revistas de política y sociales nos caían encima, pero estaba paralizada. Él extendió la mano para representar el saludo de un político frente a la cámara. Quise rechazarlo, detener el movimiento de mi brazo, pero fue imposible. Imité el protocolo como si estuviera en un asalto a mano armada. Ese primer contacto fue definitorio. Una especie de toque eléctrico viajó a gran velocidad de su piel a la mía, tal y como se transmite un virus en un estornudo.

Sin reaccionar, caminé a su lado, seguida por su escolta, rumbo a los sanitarios. Yo traía una camiseta que hablaba por mí: un copete tras un círculo de prohibido. Él me miró casi con ternura y explicó con una voz suave colocando su mano en mi espalda: el Pri es así porque así somos los mexicanos. Lo había escuchado decir eso en múltiples entrevistas, lo cual comprobaba mi teoría de que él se había convertido en un repetidor de sí mismo. Debí tomar la pesada estatua de *El pensador*; dar el golpe que hubiera enorgullecido al contingente que me esperaba afuera. Pero lo único que funcionaba eran mis piernas, que seguían su objetivo inicial. Al llegar a los baños, él se despidió amablemente. Di media vuelta sin parpadear.

Por mi silencio, él creería haber encontrado una aliada: me reproché ante el espejo mientras salían y entraban mujeres del baño. Al cerrar los ojos podía distinguirlo claramente. Creía conocerlo a fondo tanto como el resto de mis coterráneos. A los ocho años participó en el asesinato accidental de la niña de doce años que limpiaba su casa. Había escuchado esa anécdota, entre otras inconfesables, pero la transgresión a la vida privada era recíproca; Salinas, a través de sus políticas, había determinado nuestra privacidad: algunos perdimos la casa al dispararse las hipotecas por la devaluación; otros, dejamos la escuela privada por la pública; otros, cambiamos el automóvil por el metro. Visto así, el neoliberalismo nos «democratizó», mientras se introducía en la esfera íntima de la familia, de nuestros hábitos.

De alguna forma él era parte de mi vida. Había escuchado la frase *todos llevamos a un priista dentro*, pero mientras me veía al espejo, esta cobró una dimensión ridícula. Como William Wilson en el cuento de Poe, comencé a encontrar similitudes entre mi reflejo y ese hombre: ambos teníamos ojos rasgados, los dos éramos Aries e incluso su hija llevaba mi nombre o quizá era yo la que llevaba el suyo. Toqué mi boca con desesperación al notar cómo sobre ella crecía un bigote incontenible. Me agaché para recibir agua del grifo y vi caer un mechón de cabello. Al levantarme, descubrí horrorizada el hueco en mi cabeza.

¡Claro! Debía estar deshidratada. La insolación, más un exceso de literatura de dobles, me provocaba efectos alucinógenos. Recordé un cuento de Borges en el que el protagonista, consagrado al estudio de Shakespeare, en un giro fantástico descubre que alberga en su propia mente la prodigiosa memoria del autor isabelino. Ahora yo, que me había dedicado al repudio de Salinas, enfrentaría la condena de llevar en mi propio cuerpo (de por sí ya atravesado por sus políticas) al enemigo. La memoria de Shakespeare se apropia poco a poco del protagonista como un océano inabarcable. De pronto surge en él un recuerdo ajeno que no entiende del todo o, al contrario, desconoce su propia cotidianidad como si perteneciera a otro tiempo. Compiten en su cabeza ambas memorias hasta desquiciarlo, hasta poseerlo.

Sentí un escalofrío como si la enfermedad, la magia negra o lo que sea que hubiera provocado esto, tomara terreno. Caminé por toda la tienda vacilando entre los sombreros y las pelucas sin parar de llorar e intentando arrancarme las orejas. Pasé por una columna cubierta de espejos para constatar la transformación: era ya el Chupacabras. Había perdido mi rostro. Las miradas filosas llegaban de todas direcciones y las recibí con una vergüenza enorme de cargar con ese rostro y sus supuestos crímenes. Necesitaba esconderme así que sin vacilar pagué una mascada con diseño huichol que me entregaron con recelo.

Pensé que si corría al hospital no tendría forma de explicar lo sucedido. Algún oreja de Gobernación daría el pitazo de una conspiración política en curso para suplantar la identidad del expresidente y quizá atentar contra su vida. Pedir ayuda me ponía en riesgo: debía encontrar la solución por mis propios medios.

Había algo esperanzador en las voces que, afuera, se alzaban al unísono contra el regreso del Pri. Quería volver a la manifestación, ¿pero cómo?

La prioridad era evitar ser linchada, luego también había que pensar en cómo deshacerme de la cara del otro y recuperar mi persona. La única forma de que uno de los hombres más conocidos del país pasara inadvertido sería fundirse en la masa anónima. Mientras me cubría detrás de todo tipo de objetos, pensaba alternativas.

Al manifestarse públicamente, el habla privada se vuelve un acto de enunciación colectiva. Entre la gente, Salinas se vería obligado a camuflarse: perder su rostro, su nombre y su voz privada. Si esto sucediera, quizá yo volvería a la normalidad. ¿Perder el rostro de Salinas, quitarme de encima su representación, significaría recuperar mi verdadero rostro? A estas alturas me preguntaba si yo tenía una cara humana o hasta ahora había sido, sin darme cuenta, tan solo un contenedor de otros rostros.

La masa debía seducir a Salinas para que dejara de ser él y se volviera parte del pueblo. El mismo pueblo que en su juventud maoísta quiso poner al centro como el recurso político por excelencia. Si la masa consiguiera enamorarlo, él, quizá, abandonaría su yo para convertirse en nosotros. Así lo pensó Freud, refiriéndose a Le Bon: «La masa psicológica es un ser provisional compuesto de elementos heterogéneos, soldados por un instante». En algún tiempo para Salinas, lector de Le Bon, el campesinado era el ser provisional de soldados solidarios. Él

debía tener este sentimiento dentro de sí, la atracción por la masa y su mística tanto creadora como destructora. Esa sería mi única salida: contagiarlo como él me había infectado a mí. El virus era la vacuna. Para llevar a cabo el plan, necesitaba encontrar una forma de regresar a la marcha sin ser apedreada.

Era sabido que, como funcionario, su oficina estaba repleta de cartones del periódico que caricaturizaban su rostro, los coleccionaba con orgullo. En 2012, durante la visita de un grupo de estudiantes a su casa, posó para una fotografía con una careta de sí mismo en las manos. Bromeó, dijo que lo retrataban joven; en el imaginario, se había quedado en los años noventa. Este desdoblamiento, digno de quien, como confesó alguna vez, mentía diciendo la verdad, contenía mi respuesta. Pasaría desapercibida con una máscara del propio expresidente; de las que, aunadas a globos en las nalgas, vuelven a los niños infalibles para obtener unas monedas. Salinas para Navidad y para Halloween. Su cara era tan reconocible que incluso se había transformado en mercancía –máscaras, juguetes, camisetas–, que llenaba un museo en el baño del artista contemporáneo Vicente Razo.

Aunque había ideado la forma de ocultarme, enfrentaría otras dificultades, como evitar olvidar mi objetivo original: evitar a toda costa transformarme por completo en él. En la obra *Un hombre es un hombre*, al ponerse el uniforme, Galy Gay pierde el control de su cuerpo y adquiere de manera automática gestos militares. De súbito, es un soldado. La investidura lo porta a él, no al revés. Con esta lógica brechtiana, bastaría su apariencia para transformarme esencialmente en Salinas. Poco a poco me volvería un político híper ultra tecnócrata sin conocer el camino de regreso. Se libraría una batalla por el rostro. ¿Prevalecería el de Salinas o vencería la masa al desnudarlo de sí mismo?

Había escalado hasta el cenit de la política nacional, se llegó a mover entre multitudes gozando de popularidad pero, al término de su periodo, descendió al polo opuesto como por arte del karma. Su hermano se encontraba en la cárcel y él dejó el país por varios años. Su regreso fue noticia; dio algunas entrevistas, en una de ellas le dijo a la periodista Denise Maerker que todo lo que se había construido alrededor de su figura era política ficción. Después de este momento regresó a la sombra hasta ahora en que volvía a mostrarse en el espacio público, en la desnudez de la calle.

Tuve miedo de avanzar más allá de la puerta del Sanborns. Si bien, en algún momento, consiguió venderle al país la idea del progreso, en esa manifestación, el creador del programa Solidaridad corría peligro.

Decidí sentarme un momento en las escaleras. ¿Cuántas personas se parecerán a mí en el mundo? ¿Cuántas a Salinas? Los fenotipos se repiten. Ningún rostro es verdaderamente individual. Hay caras que detectan las cámaras y otras que no. La genética determina la superficie que se lee a partir de referencias disponibles: un hombre blanco, calvo, con orejas prominentes y bigote, no muy alto y de traje oscuro, tiene altas probabilidades de ser un político mexicano.

Después de un rato, pasó frente a mí un hombre con un carrito del mercado en el que llevaba decenas de máscaras de diferentes personajes de la cultura popular y la política, entre ellas las

de Guy Fawkes y de algunos luchadores; me contó que se vendían como pan caliente en las manifestaciones. Sostuve una máscara de Salinas. Detrás del plástico no había nada. Eso era lo que significa él para nosotros. Esa máscara era Salinas.

Los agujeros de la boca y los ojos fungían como poros misteriosos a través de los cuales podría mostrarse mi alma. Serían ventanas por las cuales saltaría mi identidad: aunque en apariencia fuera otro, ellos reconocerían mi mirada. O al menos eso era lo que más deseaba. Sin embargo, al momento de abrir la boca, desconocí mi propia voz que iba, poco a poco, cargándose de otredad. Mutaba: tenía un tono cadencioso y tan lánguido que provocaba suspicacia. Aunque les explicara todo, verían y escucharían en mí a un expresidente, un priísta, un neoliberal, un hombre blanco empoderado. Una cabeza rostrificada y fetichizada. El aspecto me producía como sujeto. «El rostro tiene futuro a condición de ser destruido»: la mamonería de citar a Deleuze nunca había tenido más sentido. Debía destruir el rostro de Salinas para recuperar el mío o quizá descubrir al Salinas en mí para recuperarme.

Noté que el vendedor de máscaras salía de su asombro y estaba a punto de gritar, de señalar-me. Le pagué y salí corriendo. Hacía calor para llevar un pedazo de plástico sobre la cara, pero temiendo un linchamiento, me la puse de inmediato. La visión se reducía, quedaba enmarcada por los agujeros para los ojos. Ya casi no era yo la que miraba. Me adentré sin titubeos en la masa.

A pesar de las intermitencias, la multitud se mantenía estable y nutrida. El sol de la tarde hervía nuestras coronillas. La voz, la mirada y hasta los pensamientos del orejón se confundían con los míos. Antes, cuando vi a Salinas de frente en la tienda, me pareció un robot. Gesticulaba según unos engranes programados para construir una persona específica. De la misma forma, yo comenzaba a mecanizarme. Para evitarlo, repetía el plan en mi cabeza, una y otra vez. «Soy Ana Emilia, universitaria, odio al Pri, el Pri vive en mí, debo sacarlo».

Me dieron una palmada de complicidad y yo, que solía sentirme más cómoda en la masa que en ningún otro lugar, reaccioné evitando el contacto. ¿Por qué me tocan? ¿Por qué me molesta que me toquen? Sin entender el motivo, me disculpé al rozar a una mujer. Esos cuidados se dan en la oficina cuando, sin querer, se transgrede el espacio personal. Pero en la multitud éramos compañeros. Crecía en mí una aversión por el sudor ajeno. Comprendí que Salinas, como los puercoespines, sabía que para mantenerse a salvo debía guardar distancia. El maoísmo quedaba ya muy atrás. Si había participado en el movimiento estudiantil del 68, eran memorias de otra vida.

En cambio, tenía fresco a Le Bon, quien escribió sobre el poder destructivo de las masas, las alteraciones psicológicas de los individuos al agruparse. El anonimato solapa la irresponsabilidad. Se consideran héroes invencibles. Entran en una especie de hipnosis: transforman una idea en acto sin reflexión previa. Actúan por contagio y sugestión. Pierden su personalidad. Dejan de ser civilizados para convertirse en bárbaros. Le Bon literalmente los describe como imbéciles.

Algo cambiaba. Sudoroso detrás del látex, Salinas era un acorazado que violentaba al mirar sin dejarse ver. Sin embargo, se le percibía como un amigo. Me consternó saber que al completarse

la metamorfosis, cuando ya no quedara nada de mí en este cuerpo, traicionaría a los míos pues no sabrían quién se había infiltrado entre ellos.

Había otros con la misma máscara. Estos disfraces que se venden por miles han permitido a los ciudadanos ridiculizar al poder con su propio cuerpo. En este mundo paralelo, un ejército de Salinas alisaba el asfalto. Y como lo dije antes, cuando quise hablar, lo que salió de mi boca fue: *todo lo que oigan de mí es política ficción.*

Ni los veo ni los oigo

Mucha gente. ¿Cómo llegué aquí? ¿Saben que estoy aquí? ¿Me aceptan aquí? Es como si no me vieran. Debo actuar con naturalidad, seguir el ritmo, la respiración acompañada. «¡Compa! ¡Qué buen disfraz!»

¿Se están burlando de mí? Esto claramente es una campaña de desinformación. Tantos carteles, la gente es presa de todo tipo de leyendas urbanas: ANTES LO DIJO DÍAZ ORDAZ: «HEMOS SIDO TOLERANTES, HASTA EXCESOS CRITICADOS». AHORA LO DECIMOS NOSOTROS. / ES OBSOLETO, PERO LE LLAMAN NEO; ES OPRESOR, PERO LE LLAMAN LIBERALISMO / POLÍTICOS RATEROS.

Oye compañero. Sí, tú. ¿Has considerado que no se trata de fijar culpas sino de discutir temas sustantivos para el país? Por qué no reúnes a tu contingente y lo platicamos, los invito a comer a La Ópera. ¿Qué te parece? «Va compa, pero mejor cuando acabe la marcha». La gente es receptiva y tiene un ideario loable, solo es cuestión de encauzarlos. Me duelen los pies, pero la energía se contagia. Ahora viene una cascada humana para correr en bloque, de nuevo, para atrás y para adelante. Nos abrazamos y levantamos los pies estilo cancán. La verdad es que somos iguales. Nos tomamos de las manos para hacer una valla.

Ey, qué buen sombrero. ¿Tú qué opinas del liberalismo social? ¿En verdad te parece tan malo? Te invito un refresco y lo platicamos. Tienes que considerar que a veces es necesario cambiar las cosas desde adentro. «¡Qué gran imitación, compa!». Tengo menos amigos de los que dicen y más de los que esperaba.

Nos aproximamos al Zócalo por 5 de Mayo. Los ánimos repuntan a la par que el volumen y la densidad de la masa. Se pide hacer mutis, desembocar como una sola luz silenciosa para que el mensaje llegue claro a Palacio Nacional.

El sudor se acumula, fluye cuello abajo. «Oye, compa, ¿no te quieres quitar la máscara? Hace un montón de calor». Pues sí, por qué no. Cuando me doy cuenta él está pálido viéndome a la cara. Me ve fijamente, tanto que comienzo a desconfiar. Como corresponde, le extiendo ambas manos en saludo certero. Espero con una sonrisa estoica hasta que finalmente responde al gesto con la mirada perdida. Me alegro de que aún exista gente educada en el pueblo. **c**